

La mujer hispana/latina llamada a predicar en el contexto multicultural de los Estados Unidos

Margarita R. Reyes, Margarita Flores y Liliana Castañeda

Introducción

En nuestra clase de *Prácticas de Predicación* del verano de 2007 (Seminario Teológico Fuller, Pasadena, California) ocurrió algo muy especial. En la clase sólo se inscribieron tres personas, todas mujeres. El Dr. Juan Martínez, nuestro profesor, dijo que era la primera vez en su experiencia docente que tenía un grupo tan pequeño y que estuviera compuesto sólo de mujeres. Sabemos que para Dios no hay casualidades, sino propósito. El propósito de Dios para nosotras fue confirmar nuestro llamado, ayudarnos a descubrir nuevas facetas de nuestros ministerios y darnos cuenta que nos encontramos ante grandes desafíos relacionados con el papel de la mujer predicadora hispana/latina en los Estados Unidos.

Para cumplir con uno de los requisitos de la clase, el profesor invitó a un grupo de mujeres predicadoras a que formaran parte de la audiencia que necesitábamos. La audiencia estuvo enriquecida por una amplia representación multi-denominacional (Presbiteriana, Metodista, Iglesia Unida de Cristo, Bautista, Asamblea de Dios, Pentecostal y Menonita) y, al mismo tiempo, por una diversidad de trasfondos culturales hispanos/latinos. De esta gran diversidad surgieron preguntas, ideas, sugerencias, temas relacionados con la interrogante: ¿Quién es la mujer hispana o latinoamericana predicadora en los Estados Unidos? ¿Cuál es su papel? ¿Qué pueden aportar al púlpito? ¿Qué espacios existen y cuáles hay que conservar? Todas estas inquietudes nacieron de la necesidad de fortalecer el papel de la mujer predicadora, lo cual se combina con

nuestras experiencias, paradigmas culturales, construcciones sociales y de género, que han influido en nuestra formación personal y profesional. En el área del ministerio de la mujer como predicadora encontramos muchas deficiencias en cuanto a la aceptación y recepción de este llamado por la mayoría de los miembros de las congregaciones, tanto varones como mujeres. Por tal motivo, el propósito de este artículo es hacernos visibles y compartir con nuestras lectoras y lectores nuestras inquietudes, que seguramente son las mismas de muchas otras personas.

¿Quiénes somos?

Margarita R. Reyes: Desde mi nacimiento, mi formación espiritual estuvo orientada por la Iglesia Presbiteriana de México. Mis modelos de ministerio fueron influidos por mujeres, como las maestras de la escuela dominical y de la EBV. Algunas de ellas eran misioneras que habían estudiado en un Seminario Bíblico pero, por ser mujeres, ninguna fue ordenada como pastora. Vivo en los Estados Unidos desde hace 18 años, y aquí Dios me mostró que su elección y su llamado trascienden cualquier barrera cultural y de género. Soy graduada del Seminario Teológico Fuller (M. Div.) y estoy en el proceso de ser ordenada como Ministra de la Palabra y los Sacramentos por la Iglesia Presbiteriana (USA). Al igual que mis compañeras de clase y de ministerio estoy segura de que Dios me ha llamado con un propósito especial aquí y ahora en los Estados Unidos. En la comunidad hispana/latina estamos conscientes de las grandes necesidades y, al mismo tiempo, sabemos que con la ayuda de Dios podemos encontrar soluciones esperanzadoras para las mismas.

Margarita Flores: Soy mexicana, nacida en la tradición Católica Romana, madre de seis hijos, hermana mayor de 13 hermanos y hermanas. Como hermana mayor, estuve expuesta a las prácticas religiosas muy tradicionales de la Iglesia Católica. De pequeña, me sentía muy atraída por la vida religiosa, pero no por la del

convento, sino por algo que no sabía definir en mi temprana edad. Mi vivencia religiosa, que fue muy intensa mientras vivía en la ciudad de México, declinó al emigrar a los 14 años a los Estados Unidos. A la edad de 19 años, tuve un re-encuentro con mi Señor y allí comenzó mi experiencia de evangelización y de llamado. He terminado mis estudios de teología en un seminario evangélico y es importante mencionar que no he dejado de ser católica, pero sí he adquirido una riqueza formidable de conocimiento y una vivencia evangélicamente ecuménica. Con mis hermanos y hermanas, mis colegas pastores y pastoras puedo testificar de la Gracia de Dios en medio de nuestras diferentes experiencias de fe. Estos cuatro años de estudios (M. Div.) en el Seminario Teológico Fuller me han dado la oportunidad de compartir dos experiencias muy importantes para mí. Por un lado, la experiencia de sentir el llamado a la ordenación y tener el freno de la jerarquía de mi iglesia, que no permite que se abran las puertas de la ordenación para las mujeres. Por otro lado, soy testigo de la continua lucha de mis compañeras de varias tradiciones evangélicas, en las que ya se han ordenado mujeres por varias décadas. El número de mujeres pastoras a cargo de iglesias grandes es muy pequeño. Eso quiere decir que como mujeres (católicas o evangélicas) llamadas a predicar, el desafío es mayor. Como latina inmigrante, mi identidad como mujer creyente surge de una intensa religiosidad popular católica y de un encuentro personal con Jesús en una comunidad carismática en mis años de juventud. Mi identidad como mujer y líder se formó en las luchas políticas del pueblo inmigrante, que sufre discriminación y persecución, en especial las mujeres.

Liliana Castañeda: Mi experiencia en la clase de predicación, en un contexto multicultural, multidenominacional y multigeneracional me ha permitido enfocar mi ministerio como mujer latina hoy. Mi formación, en mi país natal Perú, tuvo la influencia católica. Luego, como inmigrante en los Estados Unidos desde hace 15 años,

la fe evangélica ha contribuido al fortalecimiento y al crecimiento de mi fe. Crecí en un contexto multicultural. Mi raíz es indígena, con influencia de diversas sub-culturas como la criolla, la mulata, la mestiza, la africana, la japonesa, la china, la italiana y la alemana. Esa diversidad de horizontes introdujo componentes adicionales a nuestra cultura, como: tradiciones, valores, comidas, colores, lenguajes y religiones. Crecer en una ciudad cosmopolita como Lima demanda tolerancia y entrenamiento. Las herramientas más importantes para sobrevivir son la familia y la educación. Por lo tanto, mis padres me motivaron a seguir estudios profesionales en Administración de Empresas. Más adelante, en respuesta al llamado del Señor para servirle, continué mis estudios (M. Div.) en el Seminario Teológico Fuller.

La mujer y la predicación

Margarita R. Reyes

¿Cuál es la diferencia entre la predicación de una mujer y la de un varón?

Ante la ausencia de modelos femeninos, caemos lamentablemente en la tentación de hacer este tipo de preguntas y comparaciones. Así lo expresa la Dra. Carol Noren: “Difícilmente las mujeres puedan desarrollar su propio método de predicación y ministerio, debido a las constantes comparaciones con otros predicadores hombres, estrellas del púlpito.”¹ En nuestra clase, tuvimos que enfrentarnos a esta pregunta constantemente y una de las respuestas fue que las mujeres expresamos con más amplitud nuestras emociones, e identificamos con más libertad las palabras que nos liberan. Sin embargo, todavía para nuestro contexto hispano/latino en los Estados Unidos, la lucha por nuestra propia identidad como mujeres en el púlpito se acentúa debido a las construcciones sociales propias de nuestras culturas machistas, en las que

¹ Carol M. Noren, *The Women in the Pulpit*, Abingdon, Nashville, 1991, p. 31.

no sólo debemos ser reconocidas por los varones, sino incluso por las propias mujeres. Tenemos que esforzarnos mucho más que los varones para ser aceptadas y respetadas en nuestro papel como predicadoras. En el pasado, la desventaja de las mujeres era la falta de preparación académica, pero ahora en el presente siglo esto ha sido superado, y por mucho. Hay un constante crecimiento numérico de mujeres preparadas, con educación a cualquier nivel. En cuanto a la formación teológica, podemos decir que el número de las mujeres que se inscriben en los centros de formación ministerial va en aumento. Lo más importante de todo es que el Reino de Dios incluye tanto a hombres como a mujeres (Gl 3.26-29), y que tanto las hijas como los hijos de Dios hemos sido llamados a proclamar las verdades del Reino. No se nos ha llamado a competir, sino a compartir el mensaje de salvación.

¿Qué traen las mujeres al púlpito?

Traemos nuestras propias experiencias, no tanto las experiencias de otros. Nuestro llamado es de parte de Dios. Somos portadoras de una fe propia, fruto de nuestro encuentro personal con Jesucristo, que nos hace receptoras del Espíritu Santo y, por lo tanto, nos da el derecho a vivir libres de cualquier opresión. Además, somos portadoras de la imagen de Dios, tenemos la imagen paterna y materna de Dios, y eso nos permite desarrollar una sensibilidad y una intuición que podemos transmitir en el mensaje.

Las mujeres también traemos al púlpito el valor de enfrentar los obstáculos. El acto mismo de pararnos frente a un público dominado por la concepción de género nos hace valientes. Representamos a las propias mujeres, por lo tanto, debemos tener cuidado en cómo nos expresamos de nosotras mismas o de otras mujeres. Detrás de nosotras hay una gama de habilidades y atributos, tales como ser: hijas, madres, rescatadoras de valores, luchadoras, etc. Arriesgamos nuestros propios intereses para el

beneficio de los demás. También nos preocupamos por tener una mayor educación teológica.

La mujer como predicadora hispana/latina en los Estados Unidos

Compartimos las mismas luchas de sobrevivencia que todos enfrentamos cuando estamos en un país diferente al nuestro. La adaptación a una nueva cultura nos desafía a buscar mejores formas de vida, de trabajo, de educación, de desarrollo personal. Debemos aprovechar las oportunidades que se nos brindan aquí, las cuales no tenemos o muy difícilmente tendríamos en nuestros países de origen. Sin embargo, otra vez, hay pocos modelos de mujeres hispanas/latinas predicadoras para orientarnos o guiarnos. Lo más que encontramos como recursos de orientación en este aspecto son algunos libros escritos por mujeres en el ministerio, por cierto de contextos culturales diferentes a los nuestros. Sin embargo, sus preocupaciones y sus luchas son las mismas. Como dice la Rev. Judith Weidman: “Las mujeres predicadoras frecuentemente se enfrentan con asuntos relacionados con su identidad personal y su fe natural. Al no tener modelos de mujeres, se cuestionan sobre su propia potencialidad en el púlpito.”² Esto es cierto. Nosotras, en el curso, nos encontramos con la gran interrogante: ¿Cuántas mujeres predicadoras hispanas/latinas reconocidas hay en nuestro contexto? También nos preguntamos: ¿Qué recursos tenemos que nos ayuden a escribir un artículo como éste? Esto, por supuesto, no nos desanima ni nos desalienta; por el contrario, nos desafía a ir en búsqueda de otras mujeres para apoyarlas en la tarea de abrir espacios para las generaciones futuras.

¿Tiene la mujer latina espacio en el púlpito?

² Judith L. Weidman (ed.), *Women Ministries: How Women Are Redefining Traditional Roles*, Harper & Row, Nueva York, 1981, p. 50.

Margarita Flores

¡Claro que sí! Los espacios están. Mas no olvidemos que también están los temores, las inseguridades y los rechazos de nuestras congregaciones. Es importante mencionar que en algunas iglesias evangélicas (así como en la católica, en donde no ordenan mujeres al sacerdocio), hay mujeres que deciden dejar sus denominaciones y afiliarse a otras que las acepten como ministras. Las mujeres de color, provenientes de iglesias históricamente afro-americanas, que desean acceder al púlpito, con frecuencia inician sus propias congregaciones, porque saben que es prácticamente imposible pastorear iglesias grandes, aun sintiéndose capaces de tomar esos desafíos. Al presente, el papel de las mujeres latinas en el contexto multicultural de los Estados Unidos es todavía pionero.

Admiramos a aquellas mujeres que, a través de los años, han adquirido la experiencia de darle voz a su propia voz. Tantas mujeres han sido fundadoras de misiones, forjadoras de cambios sociales y políticos, luchadoras en contra de las divisiones sexistas, evangelizadoras, dispuestas a abrir espacios de paz y libertad, abuelas y madres que han mantenido la fe de nuestros pueblos. Algunas personas que revisan la historia consideran que los cambios están ya muy avanzados. Sin embargo, para nosotras NO. Seguimos viviendo nuestra historia; seguimos enfrentando los grandes desafíos. Cada espacio nos llama a probar nuestro llamado y a comprobar que la oportunidad es para este momento y en este lugar. A veces esos espacios están ya esperándonos; en otras ocasiones, dependerá de nosotras identificarlos e invitar a nuestros líderes a que nos den la oportunidad de probar que es la voz del Espíritu la que nos esta guiando.

La educación indudablemente abre espacios en el liderazgo pastoral. Pero sin duda, existen también las mismas preguntas en las mujeres con preparación académica.

¿Puede una mujer soltera y joven tener la oportunidad de que se le confíe una iglesia?

¿Puede una madre soltera ser considerada para el ministerio? ¿Puede una mujer divorciada ser considerada en estos espacios? ¿Puede una latina, en medio de una historia de liderazgo masculino, permanecer culturalmente estable en medio de sus tantas labores: casa, comunidad, iglesia? Éstas y muchas más preguntas siguen en consideración.

Sin embargo, ¿por qué es tan difícil encontrar espacios para el ministerio de la mujer, cuando el llamado lo ha hecho Dios? En mi reflexión de más de 25 años de trabajo pastoral, y en diálogo con el grupo de mujeres de nuestra clase de predicación y con otras teólogas, he encontrado lo siguiente: que la educación teológica es clave para desempeñar oficios eclesiásticos y de capacitación de ministros y dirigentes de nuestras congregaciones. La educación teológica indudablemente le está dando a la mujer la conciencia de que su liberación es la liberación prometida en el evangelio. Sin embargo, ¿qué hay de aquellas que Dios ha llamado y no han tenido la oportunidad de educarse formalmente, pero han dado su vida al evangelio? Desde el principio del movimiento de Jesús, las mujeres fueron compañeras en ese movimiento. La Escritura dice: “Y muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle, estaban allí, mirando de lejos; entre las cuales estaban Maria Magdalena, Maria la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo” (Mt 27.55-56). No quiero decir que no sea importante un título, pero en algunos sectores parece ser la única manera de abrir espacios para las mujeres.

Las mujeres de los evangelios se prepararon con la misma teología que los discípulos varones, puesto que observaban, escuchaban y caminaban con Jesús. Esas mujeres hicieron teología entre ellas y con Jesús; testificaron de la primera aparición de Jesús resucitado, llevando el testimonio a los discípulos con júbilo, aunque no les

creyeron (Mt 28.5-11; Lc 24.1-11). ¿No les creyeron por el simple hecho de ser mujeres? ¿Será éste el mismo mal después de dos mil años? ¿No se cree que Dios pueda atreverse a llamar a mujeres? ¿Será que tenemos que regresar al pasaje de Juan 12.7, en el que Jesús reprende al discípulo que le reclama por dejar que María de Betania lo toque y derrame ese perfume que podría ser de más valor en las manos de su administración? Vemos aquí que ese discípulo perdió el rumbo. Sus palabras reflejan desconfianza, malicia, ignorancia, ceguera. ¿Cómo puedes dejar que esta mujer se acerque a ti? Mas Jesús claramente le instruye: “*Déjala. ¡Déjala ser! Déjala hacer su trabajo.*” Jesús le pide que no interfiera, que no ridiculice ni humille a la mujer. ¡Déjala conmigo! Ella está unida a mí. Esta identificación que Jesús tiene con la mujer revela nuestra identidad y el reconocimiento de nosotras mismas.³

Como diría Baal Shem Tov:⁴ “¿Qué se necesita para ocultar el sol? Simplemente poniendo tu dedo sobre tu ojo, no podrás ver nada absolutamente.” Somos mujeres llamadas a predicar. Hemos sido llamadas a promover la voz de las mujeres y los varones que han sentido el llamado, pero que de alguna manera han experimentado el silenciamiento de sus voces dentro de la iglesia. La pregunta surge: ¿Será que el cuidado de la iglesia le ha sido dado solamente a la parte masculina? ¿O acaso Dios se está atreviendo a llamar para servir en la iglesia a quienes tenemos “útero”?

Es importante preguntarnos cómo podemos identificar los espacios que existen para que las mujeres ejerzamos el ministerio de la predicación. La educación es parte de la respuesta, pero no olvidemos que la educación es solamente una parte. Los dones que cada una ha recibido son otro elemento. Sí, a través de la educación, la mujer latina comienza a descubrir puertas que antes habían estado cerradas. Ni siquiera se pensaba en la posibilidad de un espacio para ellas. Por ejemplo, la Iglesia Católica Romana abrió

³ Megan McKenna, “‘Déjala’: Juan 12.7” en *Mujeres en la Escritura*, Sal Terrae, España, 2000, p. 22.

en el 2006 una posición para laicas o laicos dentro de la Arquidiócesis de Los Ángeles, como “Director/a de la Vida Parroquial”. Al terminar mis estudios teológicos se me dio la oportunidad de entrar en el proceso. Soy la primera mujer latina laica (madre sola con seis hijos) que tendrá este trabajo.

Uno de los factores que ayudan a la mujer a abrir estos espacios es la educación. Sin embargo, la educación es solamente un elemento, y ni siquiera es el más importante. El llamado a continuar expandiendo la misión de Jesús es para varones y mujeres por igual. El desafío es utilizar esos espacios para, como profetas, dismantelar las injusticias, el sexismo, el machismo y la discriminación, que no nos dejan ser auténticos.

¿Qué significado tiene para la mujer latina ser predicadora?

Liliana Castañeda

Ser predicadora, en mi opinión, es un desafío. Dios tiene un plan maravilloso para cada una de sus criaturas. El género es sólo una de las características del vehículo que entrega el mensaje. El mensaje es de Dios. La mujer latina trae, en su trayectoria y en su contexto, una historia de abuso, de silencio, de sumisión durante siglos. ¿Cómo buscar nuestra identidad dañada y silenciada por siglos? ¿Cómo romper con los patrones machistas que existen en ambos sexos? ¿Cómo fomentar la aceptación de la mujer como pastora? ¿Cómo crear espacios y redes de apoyo entre mujeres predicadoras? Éstos son algunos interrogantes que las mujeres en el ministerio tenemos que responder en nuestra generación.

¿Pueden las mujeres y los varones trabajar en comunión en la iglesia?

⁴ Judío ortodoxo místico, es el rabino más conocido por la mayoría de los judíos religiosos como “el Santo Ba'al Shem” (*der Heiliger Baal Shem* en Yidish), o más comúnmente, Baal Shem Tov.

Somos hijos e hijas de Dios, adoptados por su gracia. En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo regaló el don de profecía tanto a varones como a mujeres (Hch 2.17-21; Jl 2.28-32). En Hechos 21.8-9, las cuatro hijas de Felipe tuvieron el don de la profecía.⁵ La mujer y el varón como seres humanos tenemos dones, valores que fueron dados por el Creador. Génesis 1 nos declara que ambos fuimos creados “a imagen de Dios”. Por lo tanto, la mujer, así como el varón, tiene el potencial para predicar hoy. También la mujer del primer siglo predicó, evangelizó, profetizó y oró en público.

¿Resulta lo femenino fundamental para comprender el ministerio en la iglesia?

La mujer de hoy, como predicadora, comunica los valores de transformación y acompañamiento. Como mujeres predicadoras, proclamamos el mensaje de libertad, de redención, de sanidad, de amor, de compasión. Lamentablemente, durante siglos las Escrituras han sido manipuladas para limitar la obra de la mujer. Se han usado versículos fuera de contexto, como 1 Corintios 14.34: “Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar . . .” y también 1 Timoteo 2.12: “Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.” Sin embargo, en Gálatas 3.26-28 encontramos la reafirmación de la igualdad de toda persona en Cristo.

Mujeres, teología y praxis

La mujer, como imagen de Dios, tiene el llamado a dar vida, esperanza y a nutrir (Dt 32.18; Is 42.14; 46.3-4; 49.15; 66.13; Stg 1.18). Lamentablemente, en nuestros contextos, muchas mujeres están esperando ser redimidas por el varón. Cristo ya nos redimió del pecado. La única manera de ser libres es por medio de la reconciliación y el trabajo en conjunto, erradicando la división entre varones y mujeres. La mujer hoy está

⁵ Rebecca Groothuis, *Good News for Women: A Biblical Picture of Gender Equality*, Baker Books, Grand Rapids, 1997.

clamando por su derecho a ser escuchada. Tenemos el mensaje que Dios nos dio para entregarlo al mundo.

“El propósito fundamental de Gálatas 3.28, en contexto, es sostener que el varón y la mujer tienen el mismo acceso a la salvación en Cristo.”⁶ Por cuanto somos creación de Dios, imagen de Dios, tenemos la capacidad de crear, de imaginar, de concebir ideas, de dar vida (hijos, proyectos, programas de ayuda, etc.). La mujer predicadora tiende a usar más detalles descriptivos, más emoción; en contraste, el varón usa términos precisos, hechos.⁷ La mujer latina tiene la versatilidad de experimentar, sufrir, llorar. La mujer latina tiene empatía, es reconciliadora y trabajadora. Las mujeres son capaces de llevar adelante su hogar, la armonía de su familia, la economía de su casa. Estas funciones diarias están contribuyendo a la formación y al desarrollo de su intelecto. La mujer educada para el ministerio aporta no sólo al desarrollo de su hogar, sino también a su comunidad y por ende a su país.

Sugerencias para acciones prioritarias

Creemos que la mujer hispana/latina está efectivamente llamada a predicar en el contexto multicultural de los Estados Unidos. Como dice el poeta: “*Caminante no hay camino, se hace camino al andar*”; nos estamos abriendo brecha. Algunos caminos parecen abrirse más lentamente que otros. Sin embargo, aunque sea lenta esta jornada esperamos que nuestros líderes, obispos, presbiterios, hombres y mujeres logren escuchar el clamor por la dignificación de la mujer.

Por lo tanto debemos:

- Alentar y apoyar la formación teológica de las mujeres.
- Apelar a la conciencia de pastores, sacerdotes y líderes para que valoren a la mujer en su servicio eclesial, no sólo en su “hacer”, sino más importante en su “ser”.

⁶ James Beck y Craig Blomberg, *Two Views on Women in Ministry*, Zondervan, 2001, p. 186.

⁷ *Ibid.*, p. 295.

- Revisar los paradigmas de lenguaje, pensamiento y liderazgo que marcan la discriminación y los estereotipos patriarcales.
- Crear espacios donde las mujeres contribuyan a hacer explícito el mensaje del evangelio de Jesucristo por medio de una relectura del evangelio desde la mujer.
- Ser intencionales en la integración y participación de las mujeres en los cultos, servicios o reuniones eclesiales para modelar este nuevo concepto de iglesia.
- Organizar espacios en toda la iglesia para proyectar un liderazgo integral e igualitario.
- Producir y distribuir materiales sobre el ministerio de la mujer, especialmente el ministerio pastoral.

Conclusión

Dijimos al principio que quienes caminamos la jornada con Dios sabemos que para él no hay casualidades sino propósito. Terminamos con una exhortación a que nuestra voz sea escuchada y así permitir que el Espíritu de Dios fluya en esta nueva generación. Queremos descubrir nuevas facetas de nuestro llamado como *mujeres predicadoras hispanas/latinas en los Estados Unidos*.

Los siguientes pasos

Este libro se escribió con el deseo de desarrollar un diálogo teológico entre los latinos estadounidenses y nuestros hermanos y hermanas latinoamericanos. Los temas de la migración y la globalización, y su impacto sobre la misión e identidad de la iglesia, nos proveen un campo fértil para entablar una conversación teológica norte-sur. Los aportes de este libro demostraron la complejidad de la tarea que proponemos. Los latinos estadounidenses somos una aglomeración de pueblos en movimiento con identidades policéntricas. Nuestras complejidades complican todo esfuerzo de conversación. Sin embargo, estamos unidos entre sur y norte. Somos hijas e hijos de América Latina, formados, deformados y reformados por nuestra experiencia estadounidense.

La conversación teológica entre latinos y latinoamericanos ha sido limitada. Ambos hemos tenido a los “anglos” como interlocutores teológicos. La teología latina estadounidense ha sido escrita mayormente en inglés, demostrando claramente el enfoque de la conversación. Los teólogos latinoamericanos han sido traducidos al inglés o han escrito en el idioma del imperio con el fin de buscar un diálogo con el mundo de habla inglesa. Muchas veces, nuestro entendimiento de uno y el otro ha sido mediado por las versiones de uno y el otro que nos ha presentado el mundo de habla inglesa. Esperamos que nuestro pequeño aporte abra la oportunidad para el inicio de una conversación teológica entre los miembros de la FTL, tanto en la América Latina geográfica, como en la América Latina del norte (en cierto sentido, en los Estados Unidos siempre ha habido una parte de América Latina), y entre la diáspora latinoamericana que ya se encuentra alrededor del mundo.

Reconocemos que no será fácil crear el espacio para este tipo de diálogo teológico. “El elefante en el cuarto” siempre serán los Estados Unidos. Las relaciones

complejas y violentadas entre América Latina y los Estados Unidos son el contexto desde donde partimos. Dichas relaciones se siguen desarrollando en maneras que probablemente harán cada día más compleja nuestra potencial conversación.

La comunidad latina estadounidense comenzó a existir por causa de la expansión imperial de los Estados Unidos hacia América Latina, y se sigue desarrollando a causa de las relaciones económicas desiguales que fomentan la migración constante hacia el norte. Cada nuevo inmigrante fortalece los lazos entre el sur y el norte, y amplía el interés potencial del sur por la complejidad del norte. Pero esa migración también hace más difícil definir al interlocutor para el diálogo. ¿Se quiere conversar con los latinos inmigrantes que mantienen fuertes lazos con sus países de origen? Dichas conversaciones tal vez serían más fáciles, aunque también podría haber la tentación de “nacionalizarlas” (por ejemplo, mexicanos con mexicanos o chilenos con chilenos). Sin embargo, ¿qué hay de aquellos que no somos inmigrantes o los que ya tenemos tanto tiempo en los Estados Unidos que hemos formado una identidad policéntrica? ¿Cómo se entabla un diálogo, si los interlocutores latinos partimos de tantas diferentes realidades e interpretaciones sobre cómo unir lo latinoamericano y lo estadounidense en nuestro ser?

La expansión estadounidense nos vio nacer y la migración sigue nutriendo a nuestra comunidad. Pero es a causa de esta combinación de factores que seguimos luchando con nuestra identidad. Es por eso que migración, misión e identidad son temas tan importantes para nuestra reflexión teológica. No obstante, también es la razón por la cual apelamos al exilio o a la diáspora para reflexionar sobre nuestra propia realidad. Somos pueblos en movimiento, con identidades que tienen que cambiar al adaptarnos a nuevas realidades. Y es en medio de este movimiento constante que buscamos entender quien es Dios y qué es lo que desea de nosotros dentro de esta realidad.

Es por eso que sabemos que necesitamos conversar con nuestros hermanos y hermanas del sur. Somos parte del sur, al mismo tiempo que nos adaptamos a ser parte del norte. Sólo lograremos entender quiénes somos delante de Dios, si conversamos con el norte y con el sur. Pero también queremos conversar para compartir lo que hemos aprendido de Dios en medio de nuestro movimiento.

Migración e identidad son dos temas misionológicos que seguirán candentes en nuestro mundo globalizado. El movimiento migratorio dentro de América Latina está cambiando la identidad del continente, y el movimiento que va más allá está cambiando la definición de lo que es ser latinoamericano. Todo esto tiene fuertes implicaciones para la misión de la iglesia. Agradecemos la oportunidad que nos brinda la FTL para entablar esta conversación. Esperamos ser parte de un esfuerzo que vaya creando múltiples conversaciones teológicas y misionológicas sobre los temas que hemos suscitado. Agradecemos a nuestros lectores por hacerse parte de la conversación.